

*Primavera*

Hay una mujer que camina con paso incierto y la vista puesta en la punta de los pies, una mujer de aspecto atribulado con su bolso colgado al hombro. Es una mujer menuda, de aire frágil y distraído que lleva el cabello corto en mechones separados. Levanta los ojos y mira a su alrededor como si no supiera dónde está. Pero sí lo sabe pues cruza la calle y se encamina directa a un estanco que cierra su escaparate sobre una estrecha puerta. Al salir retorna a su andar indeciso y sonámbulo y aspira profundamente el humo del cigarrillo acabado de encender. ¿En qué estará pensando mientras mira al cielo, un cielo todavía azul al atardecer de una incipiente primavera?

Esa estrella tan brillante, solitaria y única cuando aún no ha anochecido, prendida en el azul del cielo como un broche en la túnica lisa del firmamento, es Venus, el planeta Venus. Supe que era Venus una madrugada de mi juventud al sorprenderme el amanecer junto a mi primer novio antes de regresar a casa por una carretera perdida en un paisaje de pinos y dunas. Ese primer novio que sabía tantas cosas —o se las inventaba, qué importa; era maravilloso poder creerlo, ser tan ingenua y confiada, tener ese candor perdido con el paso de los años y con el conocimiento de la naturaleza humana— como identificar las constelaciones y los planetas. Los planetas que giran en su órbita hasta que una siente bajo los pies que el planeta Tierra se ha parado sin avisar. Se ha parado para mí. Mi vida va de repente a un cataclismo como una estrella que se apaga o una constelación que desaparece.

*Un cataclismo*, eso es lo que diría ahora, si me viera, aquel primer novio al que apodaban *el astrónomo*, un poeta del universo, siempre con sus metáforas cósmicas y sus símiles celestiales, un tipo que te encandilaba con su verborrea astral hasta que conseguía aburrir a todo el mundo.

Algo tan inesperado e imprevisible te alcanza un día: reducción de plantilla se llama pero significa perder el trabajo. Dice Sole que no es para tanto. Quizás no, claro, comparándome según con quién. Yo no tengo familia que mantener, desde luego, pero tampoco tengo un marido que me mantenga. Como Sole, que parecía mojigata y se lo ha montado bien: su maridito, sus tres hijos, ama de casa,

sí que ha sido lista, no como yo, trabajando desde los veintiún años para que ahora me echen. Sí, cobraré una indemnización y luego el paro. Dice Clara que me apunte en seguida a la bolsa de empleo, ¿y entonces qué? Pues trabajar de vez en cuando no se sabe dónde, sin centrarte en una tarea, sin hacer amistades porque sabes que estás de paso y los demás tampoco se molestan en intimar con alguien que durará poco, lo que dura una baja maternal, o una operación y la rehabilitación posterior; y cubrir las vacaciones de los demás en agosto, en Navidades. Después de tantos años se borra de un plumazo la antigüedad, ¡hala, a la cola, como una novata! No sirven para nada ni la experiencia ni el hacerlo bien, todo da igual. Los gerentes hacen sus listas sin mirar si una es mujer y tiene ya cuarenta años, si no falta nunca al trabajo, si es puntual, si se amolda, si no da problemas. Da lo mismo. Lo único que les importa es ganar su dinero aunque arruinen una vida. Remodelación de plantilla. Los sindicatos lo han pactado. ¡Los sindicatos! y yo pagando la cuota todos los años y vendiendo lotería, ahora me vendrá a defender el sindicato, por mi cara bonita. Además, si somos tres matadas las que nos quedamos en la calle, no abultamos nada. Y aún no soy lo bastante vieja como para prejubilarme. Ya me decía mi madre que hiciera la oposición aunque tardara diez años. Pero yo quería trabajar lo más pronto posible para que mi madre no tuviera que mantenerme. Bastante sacrificio supone para una viuda pagar los estudios universitarios, que no soy una gran estudiante como para beneficiarme de una beca. Y luego cómo vas a estudiar mientras trabajas. Cada vez te da más pereza, más imposible lo ves, te resignas, sabes que las jóvenes tienen más tiempo, más preparación. Adónde voy yo ahora como si estuviera empezando, pendiente de una llamada de teléfono de la oficina de empleo o de una compañera que sepa de alguna baja, de alguna vacante. Dice mi madre que somos las primeras víctimas de una crisis de la que ya habla todo el mundo.